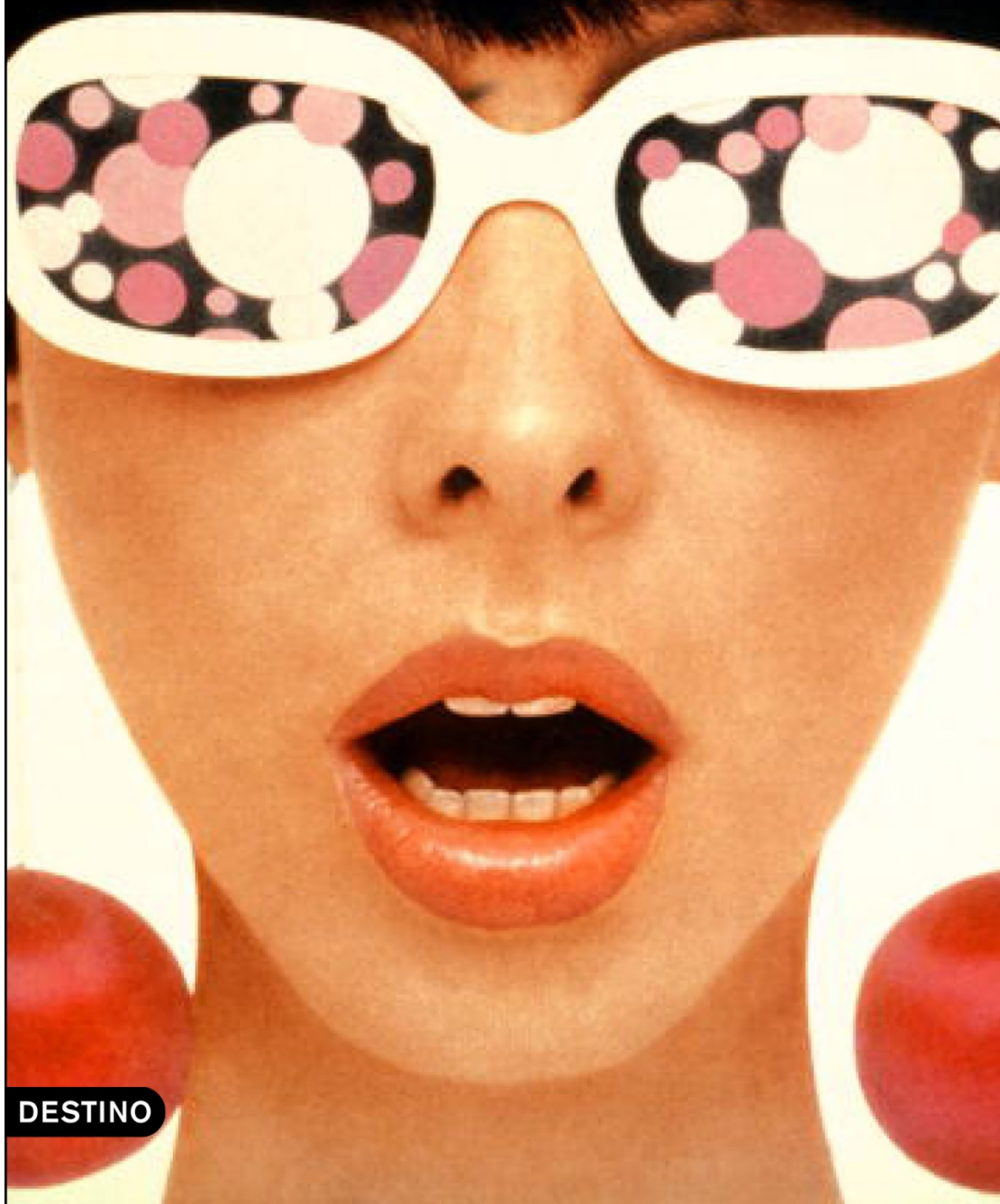




Celeste 65

José C. Vales



DESTINO



Celeste 65

José  
C. Vales

Celeste 65

José  
C. Vales

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1407

© José C. Vales, 2017  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2017)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5274-6  
Depósito legal: B. 16.463-2017  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Celeste 65

Los pecados estivales 2

«The big hotel de luxe is a very serious organisation;  
it is in my opinion a unique subject for a serious novel».

Arnold Bennett, *Diaries*, 1929

# Una polilla en St Christopher



# I. Lepidópteros

Es cómodo —pero injusto— culpar de todos mis problemas a las polillas. Laurine decía que mis nervios y mis angustias vacías tenían su origen en «esos bichos asquerosos», que era su modo amable de describir a los lepidópteros, los pirálidos, los geléquidos, los tineidos y los tortricidos. Laurine despreciaba lo que desconocía y, en muchos casos, también lo que conocía. No creo que un profundo estudio entomológico de la *Tineola bisselliella* hubiera despertado en ella la admiración que este insecto merece: para Laurine siempre había sido, y siempre fue, «esa maldita larva» que se comía las camisas y los manteles de tela. «Y a ti te están comiendo el cerebro igual que a mí me comen las servilletas de la tía Mildred que...». A Laurine no le gustaban las polillas ni los insectos en general.

## 2. *Hey, hey Paula*

Por su parte, la doctora Simonette Val, adepta a la secta de los psicoanalistas, siempre había sospechado que todas las quiebras de mi espíritu se debían a lo que ella denominaba «un trauma infantil». Decía que haber tenido que meter en el cesto de la ropa sucia los restos despedazados de mi madre y mi hermana Rita después de que una *zumbadora* barrera del mapa nuestra casa de Wrangham, cuando solo tenía once años, me había destrozado los nervios para siempre. La doctora Simonette Val tenía una manera encantadora de describir las afecciones nerviosas, y sus labios freudianos se ajustaban muy bien a aquella labor. «Las V<sub>2</sub> destrozaron los nervios de muchos británicos, señor Blint», me dijo la doctora Val en una de las primeras sesiones, «no se sienta único en su desgracia».

A mí tanto me daba estar solo o acompañado en la desgracia. Y esta es otra de las consecuencias de mi debilidad nerviosa: que en ocasiones me abismo en lo que la doctora Simonette Val denominaba «hibernación emocional», y entonces mi espíritu se asemeja a las vastas llanuras antárticas, yermas y desoladas, como dijo el capitán Scott. (Laurine no era tan generosa como la doctora, y con frecuencia comparaba mi corazón con una ciénaga pestilente, llena de lodo y barro, donde no hubiera más que gusanos e insectos... Hay mucha diferencia higiéni-

ca, me parece a mí, entre las llanuras antárticas y las ciénagas pestilentes).

«Y no piense más en Paula, señor Blint», añadió en otra ocasión mi psiquiatra de freudianos labios; «si entra en una espiral de amor y rencor hacia esa mujer, nunca se curará». Aunque no creo que haya muchas cosas en el mundo que me asombren, reconozco que la doctora me sorprendió un tanto con aquella referencia a Paula Henrikson.

Las técnicas modernas de la psiquiatría y el psicoanálisis obligan a contar detalles de la vida privada que los doctores utilizan maliciosamente para eternizar el tratamiento y las sesiones.

«Hábleme de esa joven», me había dicho la doctora en cierta ocasión. «¿Quiere que le cuente lo de Paula Henrikson?», le pregunté. «Creo que podría ser interesante». «Bueno. No sé. A mí me da igual. Si quiere se lo cuento. Y si no, no».

A mediados de los años cincuenta, cuando cumplí con mis estudios de biología —«siempre rodeado de esos *piojos* repugnantes», en opinión de Laurine—, me percaté de que todos mis compañeros experimentaban una indescriptible tensión entre su deseo de prosperar en la vida y una imperiosa necesidad de arruinársela con el amor. Debo decir que la mayoría cedió a las debilidades sentimentales y destrozó su futuro embarcándose en proyectos de familias prósperas y abundantes. Incluso los cantantes de moda parecían empeñados en que me abonara a la comedia de un noviazgo y a la tragedia de un matrimonio feliz. Pensé que no perdería nada por imitar a mis compañeros del *college* y me entregué con aire de inocente escolar a sucesivas debilidades sentimentales. Mi debilidad sentimental definitiva tenía veintidós años, una coleta rubia, unos ojos azules y gélidos como el Ártico, una blusa blanca y una falda de vuelo, y unos padres que trabajaban en la embajada americana. Me

enamoré perdidamente de aquella jovencita, y lo sé porque le compraba flores los martes y la invitaba al cine los domingos. (Entre otras muchas razones que no vienen al caso). Llegué a consultar con un camarero de Covent Garden si sería aconsejable casarme con Paula. Al camarero, como a mí, le daba igual. En aquella época había una canción en la que un melifluo Paul le pedía a una meliflua Paula que se casara con él, y Paula, con voz de alumna de colegio religioso, le contestaba que también deseaba casarse con él... ¡y hacer planes para toda la vida!

Como es habitual siempre que alguien se deja llevar por sus debilidades sentimentales, el objeto de sus favores percibe dicha flaqueza, y se niega a continuar una relación raquítica que se quiebra y desfallece por momentos. Así que cuando la familia Henrikson decidió regresar a América, Paula prefirió volar con ellos a Florida o a Georgia o a Luisiana o a alguno de esos lugares espantosos llenos de caimanes y pantanos, donde seguramente estaría esperándola un muchacho con camisa de cuadros decidido a explicarle mil veces las incomprensibles reglas del béisbol y a atiborrarse de pavo en una de esas escandalosas celebraciones de los americanos.

De aquella despedida en el aeropuerto de Londres no recuerdo más que el delicioso sabor del helado de vainilla que compré en un puesto ambulante llamado Day's Cream. Todos los recuerdos de Paula Henrikson me parecen ahora animales disecados, polvorientos, llenos de chinches y pulgas que van devorando una piel muerta y agrietada.

Pero a la doctora Simonette Val le parecía que Paula era también un «trauma». (En aquellos días estaban muy de moda los traumas). Por mi parte, como no tenía intención de disgustar a la doctora, porque siempre había sido muy amable conmigo, no la saqué de su error y dejé que se entretuviera con sus tiernas fantasías románticas. A cambio, ella me daba las pastillas de la felicidad.

### 3. Influencia atmosférica

La doctora Val, como antes otros especialistas psiquiatras a los que solía llevarme Laurine, creía que mis vacíos y sumideros emocionales se debían a traumas y frustraciones. Yo tengo otra teoría, relacionada con las ciencias atmosféricas. Creo que mis abismos racionales, mi incapacidad para percibir el transcurso del tiempo, mi dificultad para contar, el morboso placer en el abandono y la desidia, la indiferencia y el asco general, los terrores repentinos, los encogimientos nerviosos, la abrumadora desolación o el abatimiento y el vacío guardan relación con el barómetro, la presión atmosférica, los índices de humedad y otras cuestiones vinculadas a la meteorología. Estoy muy seguro de ello, pero en aquel entonces era demasiado tímido como para debatir estas cuestiones con la doctora Val, de freudianos labios.

## 4. Mr. Moth

El profesor Wedell, que tenía su propio salón en las aulas de Ciencias Naturales, fue quien me propuso como «colaborador asistente» en el St Christopher College: el profesor conocía sin duda mi buena disposición entomológica y mis dificultades en otros planos de la actividad social e intelectual, me parece. El St Christopher estaba en St Giles con Banbury Rd. Aunque no era el mejor *college*, tampoco era el peor. Y olía a repollo cocido, que es a lo que huelen todos los *colleges* de Inglaterra. (Se decía que la reina Victoria también olía a repollo cocido y, en esta línea argumental, se dejaban caer ofensas gravísimas contra nuestra ilustre monarca). St Christopher era famoso porque allí tuvo su despacho el profesor Fen, aunque yo no llegué a conocerlo. Era el titular de Literatura Inglesa y —eso decía— disfrutaba con los ripios de Edward Lear, la poesía filosófica del siglo XVIII y los fragmentos más groseros de Shakespeare. Su famoso coche, el *Lily Christine III*, estuvo durante muchos años acumulando polvo en las caballerizas, hasta que el principal llamó al chatarrero de la ciudad y lo llevaron a desguazar.

A pesar de mi confirmación como colaborador asistente de entomología —para mi querida Laurine, «recadero oficial de moscas y polillas»—, no esperaba que las cosas me fueran bien. Era previsible que acabara siendo

Mr. Moth entre los alumnos. Y entre los profesores. No es que me afectara en exceso, pero —en opinión de la doctora Val— no hizo mucho bien a mi autoestima.

A mediados de los años cincuenta, quizá en 1956 o 1957, me casé con Laurine, bibliotecaria del Newham de Cambridge. Y eso tampoco contribuyó a mejorar mi autoestima. Creo que en alguna ocasión incluso mi propia esposa se refirió a mí como Mr. Moth cuando hablaba con sus amigas. En fin, para decirlo de una vez, creo que toda su inquina contra mí y contra mis polillas tenía su raíz en la indiferencia con que acepté su proposición de matrimonio. Como si yo tuviera la culpa de esta indiferencia mía por todo lo que me rodea. «Tienes el alma de una de esas polillas», solía decirme. Asistía por aquel entonces como espectador a este teatro del mundo y, que yo recuerde, jamás me había interesado especialmente nada de lo que se representaba en la escena. La temperatura de mi alma jamás alcanzaba el punto de descongelación, y en aquel invierno perpetuo en el que vivía apenas quedaba sitio para más emociones que la desidia y una cierta lástima más bien raquítica...

Hasta el curso de 1963-1964 conseguí que mi oscura presencia pasara desapercibida en el St Christopher. Pero aquella primavera olvidé cerrar convenientemente las colmenas de larvas de los isópteros llamados *Cryptotermes brevis*.

En una de las antiguas bodegas del *college* se me había ordenado vigilar los insectarios vivos del profesor Wedell, y allí pasaba yo buena parte de mi tiempo, entregado a los estudios entomológicos y felizmente alejado del mundo. Pero aquel descuido primaveral, y la dramática coincidencia con la eclosión de las larvas de los isópteros, llenó en cuestión de horas las ancianas vigas del St Christopher de termitas voraces y ávidas de madera antigua. Hubo que enviar a los estudiantes a sus casas y dar por concluido el curso, y los alaridos del presidente

hicieron retumbar las vetustas paredes del *college*. Por mucho que se intentó encubrir la plaga, al final, desde la Magdalena hasta Jesus Christ, todo el mundo supo que las termitas se estaban comiendo nuestra institución, y Balliol nos denunció, porque algunas de las termitas habían volado hasta su columbario y lo habían perforado desde los cimientos...

Durante el claustro excepcional que se celebró un mes después de la desinsectación, no negué que yo hubiera tenido alguna participación en aquel desastre. Y aunque no fui yo quien devoró la madera, sino las termitas, yo cargué con toda la culpa. Por fortuna, a mí no me condenaron a la misma pena que a las termitas: ellas abandonaron este triste mundo merced a una ejecución masiva con ácido bórico; a mí solo me condenaron a no volver a pisar las instalaciones del St Christopher en lo que me quedara de vida. (El único que votó en contra de semejante condena fue mi amigo Douglas *Doug* Cmikiewicz, el libertario profesor polaco de Literatura y Estilística del *college*, con el que había trabado amistad en el Laeti Mustelae). El claustro excepcional que juzgó mi descuido se cerró con unas enigmáticas palabras del principal, el señor Richmond, que se dirigió a mí afirmando que la vida racional desaparecería de la faz de la Tierra por culpa de «lo invisible»: los virus y la estupidez humana. «Lárguese de aquí, señor Blint, y no vuelva jamás».

El episodio de las termitas impidió que mi popularidad mejorara los meses posteriores, ni en los establecimientos de la ciudad, donde me amenazaban con ácido bórico, ni en el seno de la comunidad educativa, donde ya se me podía considerar un exiliado, ni en mi propia casa, donde me había convertido en una polilla molesta de un tamaño descomunal. Pero aunque nadie ocultaba ya su desprecio y todos se dirigían a mí con los modales más desagradables, aún no caí en las garras del existencialismo.



## 5. Fertilizantes Blint

Cuando nací, mi padre —como todos los padres del mundo, supongo— habría querido ahogarme en un arroyo como a una inoportuna camada de gatos, pero las convenciones sociales lo obligaron a darme cobijo, alimento y educación.

Recuerdo perfectamente la cara de asco que puso cuando le comunicué que quería dedicarme al estudio de los insectos. «¡Maldito retrasado!», gritó, «¿has estado alimentándote toda tu asquerosa vida gracias a los pesticidas de Fertilizantes Blint y ahora te vas a dedicar a estudiar a esas repugnantes larvas?».

Fertilizantes Blint solía cambiar de nombre de tanto en tanto, sobre todo durante los conflictos bélicos. Un tatarabuelo con bigote blanco y gesto altivo —al que mi padre veneraba, y del que tenía un retrato enmarcado en madera dorada— había fundado la empresa a mediados del siglo pasado. Al principio se dedicaba a facilitar los trabajos campesinos con los primeros fertilizantes y pesticidas industriales, pero en cuanto comenzó la guerra de Crimea, modificó sus presupuestos y se concentró en la fabricación de sofisticadas armas venenosas (Pesticidas de Guerra Blint). Años después, la empresa volvió a tomarla con los pulgones y las langostas, hasta que estalló la Gran Guerra, y mi abuelo se ajustó entonces a la tradición de sus mayores, modificando la infraestructu-

ra de la fábrica para producir los gases letales que se iban a utilizar en el frente (Gases Antiprusianos Blint). Finalizado el conflicto, la empresa regresó a los fertilizantes, hasta que Adolf Hitler empezó a lanzar bombas sobre Londres. Mi padre fue el encargado de transformar de nuevo la fábrica, convirtiendo la factoría en una de las empresas más importantes del «esfuerzo bélico británico». Cuando aquella maldita *zumbadora* hizo volar por los aires nuestra casa de Wrangham, mi padre me encontró entre los escombros con el cesto de la ropa sucia en una mano y recogiendo los harapos sanguinolentos y chamuscados de mi hermana Rita y de mi madre: mientras se mesaba los cabellos se preguntó a voz en grito por qué Satanás había tenido la maligna idea de dejarme a mí con vida mientras se llevaba al otro mundo a su esposa y a su adorada Rita. Mi padre se tomó el ataque a su casa como un asunto personal entre Adolf Hitler y él, y transformó la fábrica de fertilizantes en una factoría de las bombas incendiarias que algún tiempo después nuestros aviones iban a lanzar cada noche sobre las ciudades alemanas. Cuando se supo lo que había ocurrido en Dresde, mi padre compró una página impar en el *Daily Express*, en la que celebró que el armamento Blint hubiera servido para «freír nazis» y para «purificar con fuego británico» el Continente. El anuncio terminaba con un rencoroso y vengativo recuerdo que la mayoría de los lectores no entendería: «Los habitantes de Dresde recordarán siempre a Rita Blint».

Tras la guerra, Fertilizantes Blint proporcionó a mi padre tanta riqueza como tumores a las naciones a las que exportábamos nuestros venenos y pesticidas. En los últimos años cincuenta, mientras yo me dedicaba a liberar termitas (involuntariamente), mi padre se empeñaba en expandir su negocio de pesticidas y fertilizantes a los países «en vías de desarrollo». (En su opinión, siempre resultaba más fácil vender veneno a los países subdesa-

rrollados; por alguna razón, los países «en vías de desarrollo» empezaban a desconfiar de los productos Blint). En 1959 mi padre tuvo que hacer frente a la demanda de una asociación agropecuaria india que acusaba a Fertilizantes Blint de haber envenenado sus plantaciones de cacahuets con DDT y de haber causado enfermedades terribles en los campos de Hyderabad o algún lugar parecido, con nombre exótico y mendigos. Por fortuna para la empresa familiar, los abogados demostraron en Londres y en Bombay que el DDT es un producto perfectamente fiable y saludable, como todo el mundo sabe.

Aunque no me hubiera importado en exceso, no pude cumplir el deseo de mi padre de morir antes que él. Falleció, curiosamente, cuando concluyó la fumigación del St Christopher, y ascendió al Cielo junto a todas las termitas madereras. Algunas semanas después mi esposa Laurine y yo acudimos a la oficina del notario londinense (Pelton, Pelton & Solomon Kippendell), dispuestos a averiguar qué me correspondía como heredero único y universal de... Y lo que me correspondía como heredero único y universal era el imperio de los Fertilizantes Blint. Abracé mi herencia con la misma pasión que abrazaría el cadáver de un leproso. Mi esposa Laurine, que siempre tuvo más presencia de ánimo, afirmó en el mismísimo despacho del señor Solomon Kippendell que definitivamente debería abandonar mi manía entomológica («la asquerosa manía de criar piojos», lo llamaba ella) para dedicarme a exterminarlos con los pesticidas Blint. Murmuré que abandonar mi pasión entomológica sería muy doloroso. «No hay dolor que no curen los fertilizantes», dijo Laurine.

Desde que fui investido director general de Fertilizantes Blint solo tuve tres propósitos esenciales: organizar la empresa de tal modo que mi presencia en las oficinas fuera completamente innecesaria, que no se me vinculara con ninguna de las actividades pestíferas de la

industria paterna (empresa de responsabilidad limitada) y, al mismo tiempo, que me reportara las suficientes ganancias como para que pudiera olvidarme por completo de su existencia y de la de su fundador.

Los tres propósitos se cumplieron con precisión científica pocos meses después, porque mi esposa decidió hacerse con las riendas del negocio. «Querido Linton», me dijo mi cuñado Dick en cierta ocasión, «tienes que reconocer que tú no sirves para los negocios: las cuestiones prácticas no son tu fuerte». Y Laurine era de la misma opinión: decía que los números, las gestiones, el dinero, las facturas, los bancos, los seguros, la compañía del gas y de la luz y del teléfono, las solicitudes, los ingresos, los recargos, el correo postal y otras tantas burocracias de la vida me hacían mucho daño y perjudicaban mi salud nerviosa. Así que pocos meses después mi esposa me aconsejó, por el bien de mi salud, desvincular para siempre mi nombre de la empresa; y firmé la cesión de todos mis derechos a favor de Laurine y de la tía Mildred. Fue una suerte, porque Dick —el hermano mayor de Laurine— y todos nuestros conocidos aprobaron aquella operación; y, aunque a mí me desposeía temporalmente de todo, aseguraba la continuidad de la fábrica de fertilizantes y pesticidas, que, según la tía Mildred, «era lo importante».

## 6. Douglas Cmikiewicz, *Doug*

Mi amigo Douglas Cmikiewicz, *Doug*, profesor de Literatura y Estilística en el St Christopher, tenía ideas particulares —y no muy agradables— sobre mi esposa Laurine, sobre la tía Mildred y sobre el mundo en general, y como su lenguaje —a pesar de las disciplinas que impartía en la universidad— no era precisamente refinado, solíamos evitar los temas particulares de mi vida, por considerarlos especialmente conflictivos. «Querido amigo Linton: esas dos zorras te están arrebatando la vida», solía decirme Doug con su ternura característica. «Tienes que huir cuanto antes: ve a Londres. No, a Londres no. Más lejos. A París. A Roma. A El Cairo. A Adís Abeba».

«¿Qué lengua se habla en Adís Abeba?».

«El amárico. Pero en Etiopía hay trescientas lenguas. Puedes aprender la que te resulte más sencilla».

A pesar de su inquietante y nada apropiada pasión por las estudiantes asiáticas, árabes, laponas, amerindias, indostaníes o de cualquier etnia minoritaria, Doug siempre me había parecido una de las mentes más preclaras del *college*. Era el único que comprendía mi pasión entomológica; no es que se refiriera a los insectos con cariño, porque él también los llamaba «bichos asquerosos», pero al menos entendía que hay personas que pueden apasionarse por lo que otras consideran repugnante. «Yo tengo

que leer novelas. ¿Cómo no voy a comprender que te interesen los gusanos y los insectos...?». Decía cosas horribles —e irreproducibles— de los escritores, sobre todo de aquellos que conformaban «la secta de los bloomsburianos», a quienes acusaba de los peores vicios literarios y carnales que uno pueda imaginar, ignoro si con razón o no. En cambio le gustaba mucho Thompson, porque, en su apreciación personal, era «un poeta científico». Siempre era un placer oírlo hablar de arquitectura, de música, de geografía, de numismática y de indumentarias exóticas... Había escrito tres novelas experimentales, tan ofensivas que nunca se llegaron a publicar en Inglaterra y solo encontraron cierta aceptación en círculos anarquistas belgas y holandeses, y una colección de relatos (*Pudridero*, 1958) que había tenido cierto éxito. Su obra más importante fue una versión anotada del *Grandison*, en la que había empleado los últimos quince años de su vida. Llegó a presentarla en un programa nocturno de la BBC a las 4:50 de la madrugada.

Creo que fue en 1961 o 1962 cuando Douglas Cmikiewicz anunció con toda solemnidad en el pub Laeti Mustelae de Oxford, ante la atenta mirada del propietario del establecimiento, del borracho local John Krauzmiller y de un servidor, que no volvería a escribir novelas, aunque no se sabía que jamás hubiera escrito una que pudiera merecer ese nombre. Él, sus enemigos y yo estábamos convencidos de que la Historia de la Literatura agradecería semejante decisión. Entre los pocos que habíamos leído sus ofensivos textos (el relato «Mahomah lisérgico» era particularmente despectivo con la religión musulmana) no hubo intención ninguna de quitarle esa idea de la cabeza. Cuando se difundió tan irrelevante noticia, uno de los compañeros de la universidad tuvo la poca delicadeza de preguntarle a Doug si era cierto que había decidido dejar de escribir novelas... «por fin». Douglas Cmikiewicz aseguraba que su decisión no solo

sería saludable para aquellos a quienes su sintaxis o sus imaginaciones molestaban sobremanera: también permitiría que los críticos no pudieran redactar reseñas y opiniones, «por lo cual los lectores siempre estarán en deuda conmigo». En la ciudad universitaria, como en la mayoría de los lugares civilizados del mundo, siempre se ha considerado que fustigar a los críticos no solo es elogiabile y digno de encomio, sino que puede estimarse como una actividad caritativa y filantrópica.

«Ahora no tienes trabajo en el St Christopher y te has dejado robar la fábrica de pesticidas, Linton», me decía Douglas Cmikiewicz. «¿Qué va a ser de ti? ¿Vas a escribir novelas, como toda esa gente que no tiene un oficio digno?».

«Bueno, Doug», solía contestarle, «jamás se me ocurriría dedicarme a esas invenciones impropias de personas...». Desde luego, siempre tuve el íntimo convencimiento de que las novelas y las ficciones imaginativas carecen de verdadera sustancia intelectual, son extraordinariamente aburridas y no sirven sino para aturdir cerebros juveniles que podrían ocuparse con más provecho en los ensayos científicos y otras disciplinas de investigación técnica y humana.

Hubo un tiempo en que pensé redactar una gran obra sobre los insectos: *Entomología general práctica*. Abandoné el proyecto porque mi Laurine decía que no tenía «suficiente espíritu» para concluir un trabajo tan importante.